

MEDITACIÓN SOBRE LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

David Amado Fernández

Párroco de Ntra. Sra. del Enebral de Collado Villalba (Madrid)



Fotografía: © Alejandro Iglesia

MAGNIFICAT



Introducción

La piedad cristiana, desde hace siglos, se ha detenido en las palabras que Jesús pronunció desde la Cruz. Ha encontrado en ellas una llave para contemplar el misterio de amor que se consuma en el Calvario. Ha ido descubriendo que, a través de ellas, Jesús nos invita a adentrarnos en el misterio de la Redención. Misterio este que no se realiza en una esfera lejana ni es producido por fuerzas extrañas y desconocidas, sino que se verifica, todo él, en el Corazón del Verbo encarnado. *Las Siete Palabras* expresan el abatimiento y la misericordia, la confianza ilimitada y la experiencia de abandono, la preocupación particular por cada uno de nosotros y el sufrimiento también singular y único de quien va a expirar en la Cruz. Son *Palabras* en las que se descifra el sentido de la historia y se entrevé su destino. Para percibirlo es preciso no dejar que se detengan en el oído, sino que penetren hasta lo más íntimo de nuestro ser; hasta ese lugar en el que, también misteriosamente, Dios nos espera a cada uno de nosotros para que su voz no decaiga en un eco lejano, sino que se conviertan en palabras del corazón: del suyo al nuestro.

Son *Siete Palabras* que se toman según el orden en que aparecen en los relatos de los evangelios. Ahora vamos a considerar la cuarta como eje divisor. Las tres primeras muestran la mirada de Jesús sobre los que le rodean. La que ocupa el centro nos introduce en el abismo indescifrable del sufrimiento de Cristo, de su Pasión. Las tres últimas anuncian el poder salvador de la Cruz y cómo su eficacia redentora se extenderá por todos los siglos.



Primera Palabra

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)

A Jesús lo han azotado y escarnecido. Le han privado de sus derechos en unos juicios inicuos. Ha sido abandonado por sus amigos y convertido en signo de maldición. Enseguida le van a despojar de sus vestiduras. Parece que se lo pueden quitar todo. Pero Jesús los desarma, como si nada hubieran hecho. Cuanto más le quitan más se manifiesta lo que Jesús posee, y no se le puede arrebatar. Sólo Él puede entregarlo. Y ahí empieza ese acto de donación. Podría decir: «Os perdono», dirigiéndose a quienes se piensan que dirigen aquel cotarro y que no son más que guiñapos humanos arrastrados por sus ambiciones — sometidos al desorden de sus pecados—. Seres que se protegen en sus cargos, en la opinión común de la mayoría, en los intereses de Estado, en la obligación de cumplir una orden, o en la indignación impostada de quienes disfrutan señalando y escarneciendo. Sin embargo, Jesús se dirige al Padre. La primera palabra, y la última, lo invocan directamente. Igual que ha venido del Padre y vuelve a Él, ahora nos muestra que sólo el Padre sabe lo que de verdad está sucediendo allí. Y le pide que nos perdone.

¿En verdad no sé lo que hago al pecar? Sé que lo sé. Sin embargo, también soy consciente de que se me escapa la hondura del pecado, todo lo que conlleva y de qué manera hiere al Amor. Jesús está en la Cruz por la gravedad de mis pecados. A través de su ofrecimiento, contemplando al que está allí por mí, empiezo a entender lo horrible que es apartarse del amor de Dios, incluso en cualquier nimiedad. De una manera que se nos escapa allí están todas nuestras desobediencias atormentando al Hijo de Dios, intentando borrar su presencia de la Historia. Pero Él no deja que le quiten aquello que ha venido a traer al mundo: la reconciliación. Sí, Él y el Padre sí saben lo que hacen: «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,17)

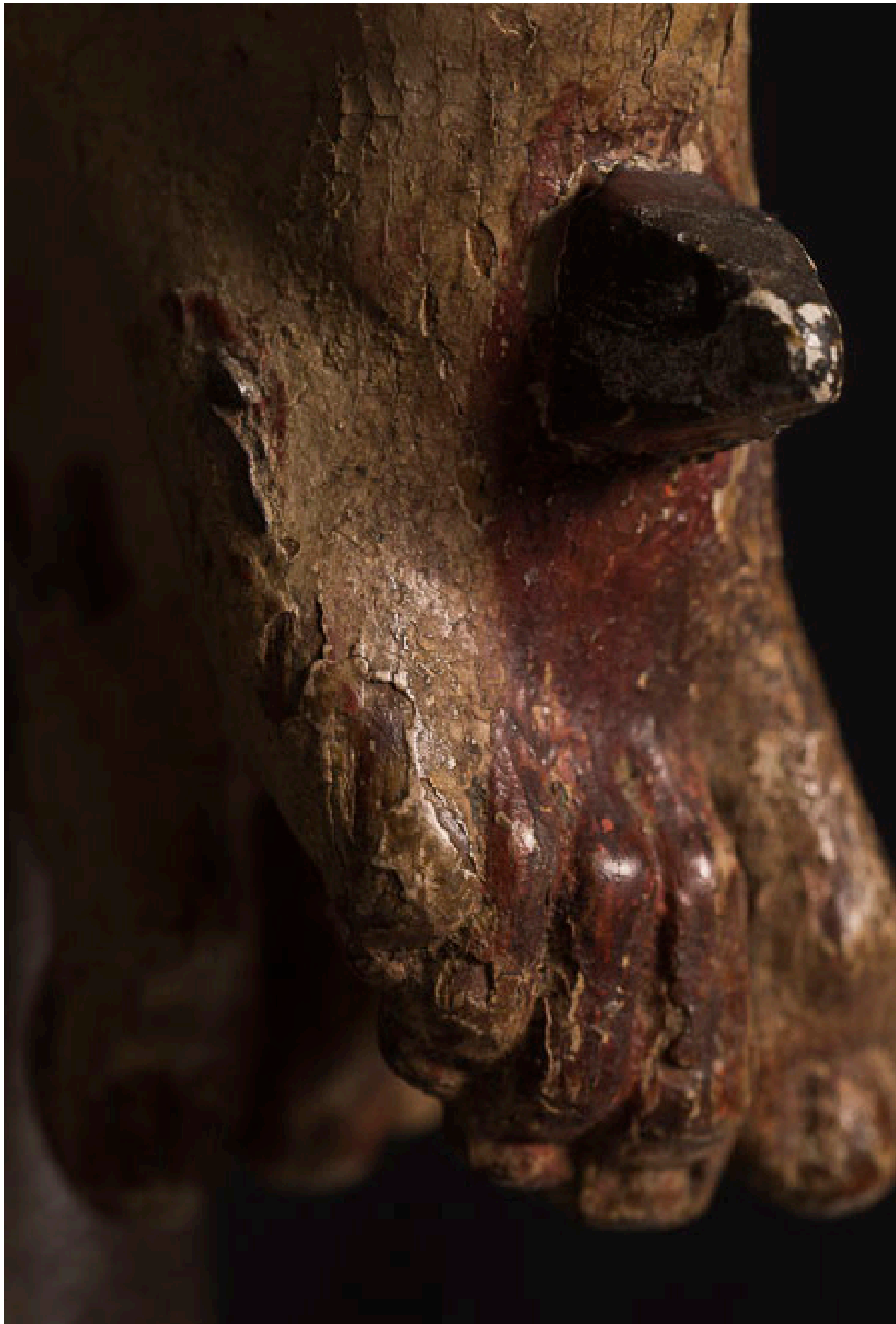


Segunda Palabra

«En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43)

Jesús tiene ante sí a la multitud. Es imposible no darse cuenta porque ella misma se hace valer con sus blasfemias y sus burlas. Pero, como sucede tantas veces en el evangelio, la muchedumbre no impide que Jesús se detenga ante cada uno. Como un nuevo Zaqueo tiene ante sí a un malhechor. Pero Jesús ahora no va a decirle «baja deprisa», ni le va a conminar a que lo aloje en su casa (cf. Lc 19,5), porque Él mismo está resistiendo a esos emuladores de Satanás que le tientan para que baje de la cruz y muestre así su divinidad. Ahora es Jesús el que va a invitarle a la suya. Para entrar en la casa de Jesús no hay que bajar de la Cruz. Es pasando por ella como Jesús va a edificar una nueva casa. El buen ladrón la llama Reino; Jesús, Paraíso. Ambas designan esa realidad nueva que se abrirá por la Pascua y en la que ya no hay lugar para ningún mal porque el pecado ha sido vencido y el amor de Dios llena todas las estancias.

Pensemos ahora en el paso que ha dado el buen ladrón. Ha oído las palabras de Jesús perdonando a los que le maltrataban. También las imprecaciones de los que se burlan de Él. E incluso escuchó a su compañero —condenado como él— y que sólo quiere escapar del suplicio: «Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23,39). Pero este, al que llamamos buen ladrón, se da cuenta de que Jesús no quiere salvarse a sí mismo, para así salvarnos a nosotros. En su inocencia intuye el poder salvador de la Cruz y que la muerte del «Justo» no va a quedar sin consecuencias. Es el camino hacia su Reino. La muerte es un obstáculo que se interpone pero el Inocente puede vencerla. Por eso pide: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,42). No sé si en todo el evangelio hay otro momento en que alguien trate con más familiaridad y confianza al Hijo de Dios. Simplemente «Jesús», dulce nombre del que vino para «salvar a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21); invocación al que nos quiere junto a sí y para siempre.



Tercera Palabra

«Mujer, ahí tienes a tu hijo». «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27)

Jesús muere en la Cruz para darnos vida. Lo hemos visto, como buen Pastor, cargar una vez más con la oveja perdida en la persona del buen ladrón. Ahora, mirando a la Virgen, le encomienda en la persona de Juan a toda la Iglesia. Un Padre de la Iglesia glosa este momento diciendo: mira a Juan porque ahí tienes a Jesús. Es la vida nueva que va a manar del costado traspasado de nuestro Redentor. Una vez más nos encontramos con la aparente distancia en la que el Señor quiere mantener a su Madre: «No me mires a mí, mira a lo que nace de mi entrega en la Cruz». Pero enseguida caemos en la cuenta de que la une aún más profundamente, a niveles que no somos capaces de imaginar. La que dio a luz al Verbo encarnado es Madre de los redimidos, Madre de la Iglesia, como la proclamó Pablo VI.

La Virgen está allí ofreciendo a su Hijo. Durante toda su vida ha prolongado el sí que dio al ángel en la Anunciación. Jesús mismo lo había señalado así: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 8,21), y no había querido que se confundiera el papel de la Madre minimizándola con elogios que oscurecían su papel en el orden de la gracia. Jesús corrigió a quien la felicitó por haberle llevado en su seno y haberle amamantado: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28). En la Cruz se desvela todo lo que ahí se ocultaba. María agota todo el contenido de su sí ofreciendo a su Hijo, y se le anuncia esa maternidad espiritual sobre todos nosotros.

Jesús, desde la Cruz, dirige esa palabra para que la recordemos siempre, especialmente en los momentos de más dificultad. Nos dice: «Tu Madre siempre va a estar junto a ti, acude a Ella, deja que te introduzca en su corazón y que te acerque a mí».



Cuarta Palabra

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34)

Jesús repite las primeras palabras del Salmo 22. Señala el evangelista que «clamó con voz potente» y aún añade las palabras en la lengua original. En ese salmo se anticipó lo que en ese momento se está verificando en el Calvario. Fue como un guion que se sigue al pie de la letra y en el que cada uno desempeña a la perfección su papel. No hizo falta ningún ensayo, ni tampoco un maestro de escena. Lo que sucede es que no se trata de una representación, sino de un drama en carne viva. Nada allí es aparente. Es a lo que conduce el pecado de los hombres y lo que sucede cuando el amor de Dios le sale al encuentro. Es el choque entre dos libertades. La de quienes pretendemos ponernos por encima de nosotros mismos y la de quien «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz» (Flp 2,8).

En esas palabras se condensa la oscuridad más profunda por la que ha pasado y pasará el hombre. Todos esos momentos en los que parece que Dios se hubiera retirado. Jesús con «voz potente» amplifica ese sentimiento de soledad, de sinsentido, pero no lo hace de manera que permanezca ajeno a Él. Hace suyo el dolor de todos los hombres y se coloca en la máxima lejanía que le es posible. Desconocemos la profundidad de ese abismo, pero sabemos que todos los momentos oscuros de nuestra vida, y todo el sufrimiento de los inocentes, estaban allí.

Pero también expresan sentimientos del Corazón de Jesús. Él es el «cordero de Dios» (Jn 1,36) a punto de ser sacrificado. Toda su humanidad se estremece y con toda su fuerza clama al que puede escucharle y lo hace por todos los hombres. No deja de ser para nosotros una Palabra difícil que, en el misterio que contiene, nos abre a descubrir la verdadera ofrenda que Jesús hizo de sí mismo por todos nosotros.



Quinta Palabra

«Tengo sed» (Jn 19,28)

Jesucristo, en su agonía, experimentó toda clase de dolores y también la sensación de sed. No una sed cualquiera, sino ardiente, como si tuviera la boca llena de tierra. «Mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar» (Sal 22,16). Jesús experimenta una sed angustiosa. Pero esa sed física de su agonía apunta también a otra. Leemos en el Catecismo: «La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él» (CEC 2560).

En la sed de Jesús se condensa el ansia de infinito que hay en el corazón del hombre y que, con frecuencia, no sabemos reconocer. El que es la fuente de agua viva se hizo sediento por nosotros, para que podamos reconocer de qué agua estamos necesitados. Había denunciado el profeta Jeremías: «Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua» (Jer 2,13).

Así Jesús, expresa su sed para que reconozcamos la nuestra, para que la tengamos de Él, como le sucedió en su encuentro con la samaritana cuando le pidió: «Dame de beber» (Jn 4,7). Es el mismo Jesús quien dijo también: «El que tenga sed, que venga a mí y beba» (Jn 7,37). Su sed, por tanto, condensa tanto la necesidad del hombre como el deseo de Dios de satisfacer nuestra carencia dándonos el Espíritu Santo. Ese amor que cuando llega a nuestros corazones puede renovarlo totalmente y hacer que en ellos nazca un surtidor que mane para la vida eterna (cf. Jn 4,14).

Sed del Verbo encarnado, que abre su corazón para que podamos beber hasta saciarnos y encontremos la fuerza para darle de beber a los necesitados, porque «tuve sed y me disteis de beber» (Mt 25,35)

El agua que Jesús quiere darnos es la que nos va a conducir a los manantiales de la vida eterna, al gozo mismo de Dios. Esa es su sed, la de que reconozcamos que nosotros tenemos necesidad de Dios.



Sexta Palabra

«Todo está cumplido» (Jn 19,30)

En el Calvario se han encontrado la hora y el poder de las tinieblas (cf. Mt 22,53), con la hora del Padre, que es también del Hijo. No se pueden separar ambos tiempos, el de las tinieblas y el de Jesús, pues coinciden en el mismo momento, aunque tienen densidades muy distintas. El pecado hace que el tiempo se vaya volviendo insostenible desde su forma más liviana —que es el aburrimiento— hasta la más tormentosa, que puede llevar a desear que todo finalice en un punto. Jesús, en cambio, llena cada momento de una densidad nueva, lo dilata con su amor, lo impregna de lo eterno haciendo que nuestro tiempo sea historia de salvación.

Dios había iniciado esa historia desde antiguo, justo después de la primera desobediencia cuando Dios prometió que vendría un Salvador. Y fue mostrando su misericordia a través de la historia de Israel, al que le iba progresivamente revelando su designio de salvación... Hasta que llegó la plenitud de los tiempos: el Verbo se hizo carne en las entrañas de María, y a través de José recibió la filiación davídica y emparentó con los patriarcas de Israel. Toda la vida de Cristo es un cumplimiento de lo que se había anunciado. Moisés hablaba de Cristo, y los profetas lo habían anunciado. En el Calvario es la hora de Jesucristo: «Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero, si por eso he venido, para esta hora» (Jn 12,27).

Es la hora de pasar al Padre y por eso «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Su alimento, nos había dicho, «es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4,34). Ahora, Jesús, desde el madero de ignominia que también es leño santo, proclama que «todo está cumplido»; ha realizado la obra que su Padre le encomendó y está ya dispuesto para pasar a Él. El Señor de la Historia, que se ajustó a nuestro tiempo, nos abre así las puertas de la eternidad.



Séptima Palabra

«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46)

La última palabra, como la primera, invoca al Padre. Jesús tiene plena conciencia de ser Hijo. Están unidos en el misterio de la Redención. El Hijo se entrega por nosotros y el Padre ofrece al Hijo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,16-17). Jesús entrega su espíritu. No muere simplemente, sino que se entrega. En la Cruz, Jesús consuma el sacrificio de expiación por nuestros pecados. Había dicho Jesús: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente» (Jn 10,17-18).

Dice el evangelista que Jesús las pronunció dando un gran grito, justo antes de expirar. El padre Manuel Iglesias señala: «En su muerte, las peticiones del Padrenuestro quedan cumplidas». Nosotros después recibiremos el espíritu de filiación. Dirá san Pablo: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “¡Abba, Padre!”» (Gál 4,6).

La muerte de Cristo y su posterior resurrección nos abren a una nueva vida. De Él aprendemos a ponerlo todo en manos del Padre, con esa confianza que Jesús tiene. Él abre ese camino hacia el Padre, nos coloca ante su presencia. Así podemos vivir de una manera totalmente distinta. La vida, si la vivimos con Cristo, ya no se nos escapa, sino que la entregamos al que nos la dio para que la lleve a su plenitud. Podemos, con su gracia, llevar una vida donada, como la de Cristo, que fructifique en buenas obras aunque tampoco faltarán momentos de oscuridad en los que también, confiadamente, deberemos poner nuestra vida, nuestros temores, ansiedades, debilidades..., en manos del Padre. Podremos hacerlo porque, en Jesús, somos hijos.



Epílogo

Narra san Juan:

«Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: “Está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con Él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”» (Jn 19,30-37).

¿Qué vio Juan? El Corazón de Jesús. Vio el misterio del amor del Verbo Encarnado. Vio que toda su vida y su muerte en la Cruz fue por amor a los hombres. Ese es el amor que también nosotros hemos de descubrir al contemplar la Pasión de Jesús. El Señor dijo a santa Ángela de Foligno: «No te he amado en broma». Lo más serio de la vida es el amor, por lo mismo que es lo más importante y ha de ser lo primero en nuestra intención.

En este Viernes Santo rezo por cada miembro de la familia MAGNIFICAT, para que siempre nuestra mirada esté centrada en Jesús, y para que no dejemos de contemplar el amor del Corazón traspasado de Cristo. Y ese amor nos transforme y nos lleve a purificarnos para ser testigos de su bondad ante el mundo.

En la parroquia que tengo encomendada tenemos devoción al Santísimo Cristo de la Salud. Salud y Salvación son palabras equivalentes. El que puede dar la salud a los cuerpos es el que nos da la salvación para el alma. Y el alma que se sabe amada (salvada) por Jesús, quiere servirle con su cuerpo en la entrega a los hermanos.

Que la Virgen María, que permaneció junto a la Cruz para que no se perdiera nada, y que en la parroquia veneramos bajo la advocación del Enebral, interceda por nosotros.

Durante este momento difícil, MAGNIFICAT se complace en ofrecer el acceso gratuito a nuestra versión online para ayudar a la gente a rezar desde casa.

www.magnificat.es/gratis